

—¡Ya no nos quieres, mamá!....

—¡Yo no quereros!....--dijo inundándolas de besos y de caricias.—¡No querer una madre á los hijos de su corazón!....

—Pues entonces, ¿por qué quieres que vayamos al colegio?

—Porque no puedo veros padecer, sufrir.... morir de hambre!....

—¿Y quieres que muramos de tristeza ausentes de tí?....

Exclamaron con la seductora candidez de la inocencia.

La tierna madre las estrechó en sus brazos, llorando de placer y de ternura.

Una jóven, fresca como una rosa, de fisonomía franca, alegre y expresiva, conduciendo en el brazo una canastita cubierta con una blanca servilleta, se presentó en el cuarto.

Quieta en el dintel de la puerta, respirando benevolencia y alegría, vestida de blanco y sonriendo de placer, parecía el ángel de la felicidad anunciando la paz y la ventura á la virtud oprimida.

Su simpático rostro no era uno de esos cuyas facciones resisten separadamente un análisis artístico. Sus ojos no tenían ni la forma ni el color que los pintores y los poetas buscan para sus cuadros y sus poemas: eran claros, pero no azules y de dulce mirar como el cielo, sino grandes, apasionados y vivos: su nariz, sin ser fina y delicada, sino imperceptiblemente corta y algo gruesa, convenia perfectamente á su ovalado y blanco rostro, que respiraba candor y alegría: sus labios, algo gruesos, pero encendidos y frescos como una rosa al despuntar la aurora, dejaban ver al sonreír, que era casi siempre, una hilera de blancos dientes, unidos y perfectamente iguales, que revelaban el escrupuloso aseo y la mas esmerada limpieza.

No eran, pues, sus facciones, examinadas aisladamente, lo que constituye la perfeccion del rostro de una mujer, y sin embargo, su conjunto era irresistible.

La suavidad y frescura de aquel delicado cutis, en que estaban desleídos suavemente, en misteriosa mezcla, la blancura del lirio y

el nacarado tinte de la rosa: el apacible carmin de sus mejillas, que se extendia dulcemente guardando perfecta consonancia con su purpurina boca: la angélica sonrisa que vagaba á todas horas por sus sonrosados labios: el aire de pureza y de tranquilidad que se pintaba en su semblante: el gracioso movimiento de su elegante cabeza, velada por una luenga cabellera negra como el ébano, que hacia resaltar notablemente la blancura de su cõitis y la forma delicada de su ebúrnea y torneada garganta: la sencillez y elegancia de su flotante ropaje, velando un cuerpo flexible, gracioso y bien formado, que parecia desprenderse de la tierra; el corte exquisito de sus nevados y redondos brazos; la suavidad y finura de su pequeña y preciosa mano, y la morvidez, en fin, de sus hechiceras formas, hacian de esta mujer uno de esos séres de atractivos indefinibles que se aman cuanto mas se examinan; que empiezan por simpatizarnos, si guen por interesarnos, y que acaban por cautivarnos insensiblemente.

Al verla presentarse en la puerta de la

miserable alcoba, las dos niñas corrieron ligeras como dos mariposas á su encuentro.

—Buenos dias, señorita Soledad.

La jóven les dió un beso en la frente y les dijo con una voz mas dulce que la brisa al mover las hojas de las flores.

—Buenos dias, encantadoras criaturas.

Elisa se levantó del asiento, y la recibió con un abrazo, diciéndola.

—Bien venida sea mi amable vecinita.

—¿Y cómo sigue su esposo de vd?

—Se encuentra algo mejor, gracias á Dios.

—Me alegro mucho, porque así podrá probar alguna cosita de las que traigo aquí, y que espero admitirá vd. como un presente sincero de amistad.

—¡Un pollo.... costillas.... huevos...!—  
Exclamó Elisa viendo lo que contenia la canasta.—¡Ah! siempre obsequiándonos, sin que nosotras podamos corresponder.

Los ojos de las dos niñas brillaron de alegría al oír lo que contenia el regalo.

¡Las pobrecitas comian tan de tarde en tarde!....

—Si eso no vale la pena:—contestó Soledad sin hacer mérito de su obsequio:—me regalaron ayer algunas gallinas y pollos, y he querido que participasen vdes. del presente.

—Mil gracias, Soledad: nunca olvidaré los señalados favores que se ha dignado vd. dispensarme.

—Así cumplo con una imperiosa exigencia de mi corazón, y con el deseo de mi primo Félix que me encargó le obsequiase & vd. en su nombre y en el mio.

—¡Cuánto les agradezco á vdes. ese recuerdo!

—¿No es vd. la única amiga que tengo en la vecindad?

—Tendrá vd. muchas, porque vd. es digna de la amistad de todos; pero yo me cuento en el número de las mas sinceras.

—Lo sé.—Dijo Soledad estrechándole la mano.

—¿Y sigue siendo el dependiente predilecto de su principal?

—Lo mismo que siempre.

—¡Cuánto me alegro de ello! Debe vd.

estar orgullosa de tener un primo tan recomendable.

—Sin duda que lo estoy: Félix me ama como si fuese una hermana suya; todo su sueldo es para mí: no tiene mas placer que el visitarme, ni mas diversiones que mi compañía. Pero suplico á vd. me permita que vaya.

—¿Tan pronto?

—Estoy concluyendo de bordar un chaleco para él, y quiero sorprenderle entre gándoselo esta noche cuando venga.

—Siendo así, no quiero ser impertinente deteniéndola.

—Adios, Elisa, ahí le dejo á vd. la canastita: adios angelitos:—añadió besando á las dos niñas:—no se olviden vdes. de llamar me su hermana mayor.

Y sin dar lugar á que le contestaran, salió de la pieza, ligera como una gacela, dejando á Elisa y sus dos inocentes criaturas inundadas de felicidad y de contento.

—Ahora siquiera—dijo una de las últimas—podrás saciar tu hambre, madre mia.

—Sí, mamá:—agregó la otra:—es preciso que comas para que no te enfermes.

—Y vosotras también comereis, ya que vuestros inocentes ruegos fueron escuchados por la Providencia.

—¡Es tan dulce rogar á Dios, y tan bonita la oracion que tú nos has enseñado á preferir á todas las demas!....

—Sí, hijas mías: el Padre Nuestro es una constante súplica al Eterno, llena de unión, de sentimientos tiernos y generosos, donde el débil hombre nada promete que sea difícil cumplir, y todo pide al que es dueño de cuanto existe y está constantemente dispuesto á conceder. El Padre Nuestro, como salido de los divinos lábios del Crucificado, y dictado por aquel admirable Sér, todo amor, todo caridad y todo sabiduría, se adapta á todos los corazones, desde el mas tierno del inocente niño, hasta el del mas endurecido guerrero. Nadie puede alegar que no puede cumplir con los preceptos dulces de esa sagrada oracion: á todos conviene: con todos habla: todos necesitan de ella. En la oracion dominical; en esas su-

blimes palabras en que nos enseñó el Hijo de Dios la dulce manera de dirijrnos á su amantísimo Padre; ¿qué se pide de la frágil criatura que sea difícil de practicarse...? nada. Que santifique el nombre de Dios que está en los cielos: ¿hay cosa mas justa ni mas grata á un corazon agradecido que santificar el nombre de aquel que le ha colmado de beneficios? Pedirle que nos conduzca á su reino despues de la muerte; ¿y no es este el supremo bien á que aspira todo mortal, al abandonar este mundo de miseria y de lágrimas, donde tanto ha padecido? Que se haga la voluntad del Señor: ¿y cómo no conformarnos con la voluntad del mas sábio, del mas tierno, del mas amante, del mas bueno de los padres; de aquel que conoce lo que nos conviene, y cuyo deseo no es otro que el de nuestra felicidad eterna? Que nos dé el pan de cada dia: esto es, el preciso sustento: ¿hay en suplicarle que nos envíe lo necesario á la vida, algo que se oponga á nuestros intereses particulares? Que nos perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: ¿qué ras-

go mas noble y satisfactorio que perdonar? y si nosotros solicitamos que el impecable nos perdone las ofensas que á cada instante le inferimos, ¿cómo tendremos valor para no perdonar á nuestra vez las ofensas que nos ha hecho el prójimo, en las cuales acaso habrán tenido alguna parte nuestra vanidad, nuestro orgullo y nuestros multiplicados defectos? Que no nos deje caer en tentacion y que nos libre de todo mal: ¿no envuelven estas palabras la felicidad del mundo? pedir que nos tenga de su mano, que no nos deje cometer ningun delito, ningun crimen, ninguna accion bastarda, es pretender dar á la sociedad el bienestar, la paz y la ventura que cada individuo anhe-la para sí.

—¡Con qué gusto te hemos escuchado, mamá;—dijo la inocente Julia—nos explicas todo con una dulzura y una claridad que nos deleita.

—Deber es mio, como el de toda cariñosa madre, dar á conocer las excelencias de nuestra augusta Religion. Pero, vamos á comer, hijas mia, que ya tendreis necesidad

de alimento. ¡Qué buena es la señorita Soledad!

—Yo la quiero mucho:—dijo Teresita—porque siempre te viene á consolar, mamá.

Unos golpes dados á la puerta que daba al corredor, les hizo interrumpir el diálogo.

Elisa, que iba á disponer la comida, suspendió la operacion.

Los golpes se repitieron.

—¿Quién será á esta hora?

Dijo la jovencita rubia.

—Sin duda es el doctor;—contestó la mamá—ve á abrir, hija mia.

—¡Willey!....—Exclamó con disgusto la niña:—no sé por qué me causa miedo ese hombre.

—Y á mí:—añadió la otra:—tiene un modo de mirar que asusta.

—Es el médico que cura á vuestro padre.

—Sí, es verdad; pero....

—Un amigo suyo.

—Todo eso es cierto, pero.... yo no sé por qué le tengo miedo á ese hombre.

Nuevos golpes sonaron por tercera vez.

—¿Quién llama?—Dijo el enfermo despertando.—¿No habeis oido que llamaban?

—Sí;—contestó Elisa.—Corre, hija mia, no le hagas esperar.

La niña obedeció con cierta repugnancia, y á poco se presentó seguida del doctor Willey.

Era este, como ya hemos dicho en otro capítulo, un hombre como de cuarenta y cinco años; rubio, de blanco rostro, aunque de facciones toscas, picado de viruelas, alto, algo abultado de vientre; de ancha espalda y rudos modales: su bigote era recio, ancho y casi rojo; grandes sus manos, y extremadamente gruesos sus dedos; vestia corbata blanca alta, sosteniendo unos cuellos con largas puntas que se cruzaban en la boca: sombrero alto negro; paltó color de yesca que continuamente lo llevaba abrochado, y pantalon oscuro: un gran reloj de plata, afianzado por una cadena de acero, descansaba en el bolsillo izquierdo de su chaleco de cachemir amarillo, y un grueso

baston de caña de la India, con puño de oro y grandes borlas, le servia para apoyarse.

—¡Hola! ¿es vd., querido doctor?

Dijo el enfermo al verle.

—Sí, señor D. Diego:—contestó Willey sentándose junto al lecho, despues de saludar á Elisa y de dirigirle una mirada profunda que hizo bajar los ojos á la esposa:—yo soy, que vengo á ver si logro sacarle pronto de ese lecho que no debe serle muy agradable.

—Ciertamente que me hace poca gracia; pero hoy me he sentido mucho mejor.

—Vamos á ver: tomaremos el pulso.

El enfermo alargó el brazo: el doctor se puso á contar las pulsaciones, mientras con la vista devoraba á Elisa.

Esta se habia colocado al otro lado de la cama, aunque tambien á la cabecera, y permanecia con los ojos fijos en el rostro de Diego, para evitar que se encontraran con los del doctor.

Willey tosió para llamar su atencion; pero la esposa, en vez de alzar la cabeza, la apoyó sobre la de una de las criaturas,

que se habia colocado de rodillas delante de ella.

—¿Cree vd. que tengo algun alivio?

Preguntó el enfermo, viendo que continuaba pulsándole.

—Sí, sí:—contestó el doctor que se habia olvidado del paciente, y sin apartar la vista de Elisa:—la calentura, originada por la herida, y que me habia alarmado, ha empezado á ceder.

—Yo al menos siento la cabeza mucho mas despejada.

—Repito que hay una notable mejoría:—repuso Willey; y luego, empeñado en atraer la atencion de la esposa, añadió:—¿no le parece á vd. lo mismo, señora?

—A la simple vista mia, sin duda que sí.

Contestó Elisa, al mismo tiempo que cubria con la frazada los brazos de Diego, para evitar de este modo el mirar al médico.

Este leyó en aquella estudiada accion una evasiva á su anhelo, y sintió en su pecho una opresion violenta.

El paciente, que ignoraba lo que pasaba á su alrededor, preguntó:

—¿Y cuándo cree vd., señor Willey, que estaré en disposicion de salir de este maldito encierro y respirar el aire libre de la calle?

—Dentro de pocos dias.

—¡Ah....! ¡lo deseo tanto....! la cama me consume, me desespera.

—Y eso que tiene vd. un ángel que le cuida á todas horas.

Contestó el doctor sin lograr que la mujer á quien dirijia aquella lisonja, hiciese otra cosa que una inclinacion de cabeza para darle las gracias.

—Sí, amigo Willey—dijo el paciente tomando una de las manos de su esposa:—Elisa es un ángel de consuelo; ella no se ha separado un instante de mi lado.

—Al obrar así—contestó la hermosa mujer mirando á su esposo—he cumplido con una exigencia del corazon y con un sagrado deber: tus alegrías y placeres me pertenecen, lo mismo que tus penas y tus padecimientos.

Diego, conmovido por aquellas palabras, acercó á sus lábios la mano de su esposa.

Esta se sonrojó.  
El doctor replegó el entrecejo sobre su frente con un gesto de ira, que dió á su fisonomía un aspecto aterrador.

—¡Gracias, Elisa, gracias....!—exclamó el marido despues de besar la mano de su esposa.—Ya lo ve vd., doctor: ¿habrá alguno que no envidie mi felicidad?

—Sí, sí... todo el mundo—contestó Willey con voz áspera y dejando ver en su rostro un gesto de impaciencia:—¡Es tan grato verse amado de una mujer hermosa, como terrible verla indiferente y fria.

Y al decir esto se levantó de su asiento sin poder disimular la impaciencia y malestar que le dominaban.

—¡Nos deja vd. tan pronto, señor doctor?—Dijo Diego, que no estaba en disposicion de observar lo que pasaba en el corazon del médico.

—Sí; tengo que hacer varias visitas todavía y no puedo detenerme mas.

—¡Y qué va vd. á recetarme?

—Una cosa sencilla y agradable al paladar.

—Trae papel y tintero, esposa mia.

Elisa se levantó de donde estaba y se dirigió á la mesita de pino blanco; sacó del cajon un tintero ordinario y un pedazo de papel, y los colocó encima.

El doctor se acercó á recetar.

La hermosa mujer esperó en pié que concluyera.

—Aquí está:—dijo Willey acabando de escribir; luego, acercándose al enfermo, y dándole la mano le dijo:—Adios: dentro de dos dias estará vd. en disposicion de salir.

—Dios lo quiera—contestó el enfermo:—¿Y puedo comer alguna cosa?

—Sí; un poco de pollo: Adios.

—Hasta mañana.

Willey se acercó entonces á Elisa que aun permanecía junto á la mesita, y le dijo en voz baja.

—Espéreme vd. esta noche en la otra pieza; tengo que hablar con vd. á solas.

—¡Nunca!—Contestó en la misma voz la hermosa mujer.

—Lo exijo.

—Y yo no obedezco.



—Ved que enseño este papel á vuestro esposo. Repuso el doctor sacando del bolsillo una carta.

Elisa se puso pálida como la muerte y exclamó.

—¡Ah, por piedad, no se la enseñe vd!

—¿Me esperará vd?

—Esperaré.

—¿Sola?

—Sola.

Willy guardó el papel y salió con aire triunfante, dirigiendo una tierna mirada á Elisa, que apartó de él los ojos horrorizada.

La infeliz se quedó temblando y descolorida como la cera: sus piernas flaquearon, y se vió precisada á apoyarse en la mesa para no caer.

—¿Qué tienes mamá....?—Le dijeron las dos niñas que corrieron hácia ella al verle palidecer.—Te has puesto muy descolorida: ¿estás mala?

—No, hijas mías, no;—contestó Elisa tratando de serenarse, y acariciándolas:—un vahido.... la debilidad....

—¿Lo ves....? ¡Ah....! es preciso que

comas, madre mia; ¡es preciso que comas para que cuides de nosotras....!

—Sí, sí: teneis razon: vamos á comer: por fortuna tambien vuestro padre podrá participar del regalo de la hermosa Soledad: disponedlo todo.

Las dos angélicas criaturas pusieron la mesa en un instante, y se sentaron á ella brillando en sus ojos la alegría.

Elisa partió una pierna del pollo y se la llevó á su esposo.

Las preciosas niñas comian con un apetito y un placer que hubiera envidiado el mas potentado de la tierra.

Tambien el enfermo devoraba su racion con singular contento.

Solo Elisa se encontraba triste y sin apetito: la amenaza del doctor le habia helado el corazon, y el temor de su llegada le llenaba de un sobresalto que le hacia olvidar el hambre que pocas horas antes amenazaba su vida.

—¡Dios mio, Dios mio!.... ¡sálvame de ese hombre....!—Dijo para sí, llena de amargura y de dolor.—¡Tú que lees en el

fondo de mi corazon, no me dejes entregada á su venganza.... ¡Ese papel!....

Y aquí se detuvo horrorizada: un fuerte estremecimiento sacudió violentamente su cuerpo: su semblante se puso mortalmente pálido, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡Qué contenia aquel papel?

La sucesion de los acontecimientos nos lo demostrará en el curso de esta historia.

## CAPITULO IX.

### La casa de vecindad.

Cada casa de vecindad de México puede considerarse como un gran pueblo reunido bajo un mismo techo, que cobija á todas las clases de la sociedad, excepto á la alta.

Allí en el primero y segundo patio, se descubren desde la calle, á uno y otro lado de las altas paredes del edificio, y formando una larga galería, multitud de habitaciones con su respectivo número encima de la puerta, compuestas de una sola pieza húmeda y mal envidada, en que vive la clase menos acomodada de la sociedad.

Al terminar el primer patio, que suele